

OBRAS REUNIDAS I

Cuentos

JUAN

GARCÍA PONSÉ







JUAN GARCÍA PONCE

OBRAS REUNIDAS

I



JUAN GARCÍA PONCE

# OBRAS REUNIDAS

## I

*Cuentos*

EDICIÓN DEL AUTOR



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

---

García Ponce, Juan

Obras reunidas : I. Cuentos / Juan García Ponce. — México : FCE, 2003

369 p. ; 26 × 19 cm — (Colec. Obras Reunidas)

ISBN 978-968-16-6987-4

1. Cuentos 2. Literatura mexicana – Siglo xx I. Ser II. t. III. t: La noche IV. t: La imagen primera V. t: Cinco mujeres

LC PQ7297 .G815 G36

Dewey M8631 G532o

---

Primera edición, 2003

[Primera edición en libro electrónico, 2012]

D. R. © 2003, Fondo de Cultura Económica

Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14110, Ciudad de México

[www.fondodeculturaeconomica.com](http://www.fondodeculturaeconomica.com)

Comentarios: [editorial@fondodeculturaeconomica.com](mailto:editorial@fondodeculturaeconomica.com)

Tel.: 55-5227-4672

Diseño de portada e interiores: R/4, Pablo Rulfo

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-968-16-6986-7 (Obra completa)

ISBN 978-968-16-6987-4 (empastado, tomo, I)

ISBN 978-607-16-1028-7 (epub)

ISBN 978-607-16-4863-1 (mobi)

Impreso en México • *Printed in Mexico*

ÍNDICE

---

*Prólogo* • 11

LA NOCHE

*Amelia* • 19

*Tajimara* • 42

*La noche* • 54

IMAGEN PRIMERA

*Feria al anochecer* • 85

*El café* • 94

*Después de la cita* • 102

*Cariátides* • 106

*Reunión de familia* • 114

*Imagen primera* • 136

## ENCUENTROS

*El gato* • 157

*La plaza* • 168

*La gaviota* • 172

## FIGURACIONES

*Anticipación* • 207

*Envío* • 222

*Enigma* • 235

*Rito* • 264

## CINCO MUJERES

*Ninfeta* • 293

*Un día en la vida de Julia* • 306

*Imágenes de Vanya* • 319

*Descripciones* • 332

*Retrato de un amor adolescente* • 357

NOTA BIBLIOGRÁFICA [367]

*El camino del exceso lleva al palacio de la sabiduría.*

WILLIAM BLAKE  
Proverbio del infierno,  
*Las bodas del cielo y del infierno*



## Prólogo

---

HA LLEGADO para mí y para los lectores que se interesen, el momento de las obras completas. Esto tiene por lo menos una doble vertiente. Es absolutamente placentero y simultáneamente encierra una terrible responsabilidad: ¿Cuál debe ser su orden? Sé de una manera definitiva porque lo estoy viendo ahora que empiezo a dictarla a mi ayudante María Luisa Herrera, que este prólogo está escrito en la misma anticuada máquina con la que hace un incontable número de años mi vocación de escritor se hizo pública: esto data de cuando el entonces presidente Adolfo Ruiz Cortines me entregó en la Ciudadela el Premio Ciudad de México que gané a los veinticuatro años con una obra de teatro: *El canto de los grillos*. Ahora ya soy viejo y dicto estas líneas. Puedo decir, copiando a Jorge Luis Borges, que en el curso de una vida dedicada menos a vivir que a escribir, se encierra todo lo que forma mi biografía. Pasemos ahora a lo verdaderamente importante: la literatura. Voy a irme muy, muy atrás.

Homero, poeta que según una oscura tradición tal vez ni siquiera era una sola persona, lo cual no importa, es Homero. Hizo los versos inmortales en los que se narra gracias a él la conocida historia de la guerra entre aqueos y troyanos y la también prodigiosa historia de Odiseo o Ulises en su largo viaje de regreso de esa guerra hasta llegar a su casa donde lo esperaba Penélope pacientemente tejiendo el manto que destruía por la noche para librarse así de sus muchos pretendientes porque ella deseaba serle fiel a Odiseo.

Platón descalificaría a Homero en *La República* porque, de acuerdo a sus escritos, contribuía a la invención de los dioses: Zeus y su maravillosa corte celestial de dioses y diosas, tan dispuestos a encarnar como hombres para hacer todo tipo de adorables tropelías. Desde entonces Homero creó un largo hilo sobre el cual avanza o retrocede la humanidad. Es imposible, al menos para mí, detenerse en todo lo que ha pasado por ese hilo. Pero puedo dar algunos datos imitando a Herodoto, creador de la historia y que nos reveló a Egipto. Ingleses y franceses le

robaron a Grecia los restos visibles de los templos y estatuas de ese glorioso pasado y hasta la pintura que permanecía en diferentes vasijas. Sin embargo, nos pertenecen a todos las huellas verbales que sobreviven en las tragedias de Esquilo, Sófocles y Eurípides así como en las comedias de Aristófanes. En Roma, que tanto siguió los caminos trazados por Grecia, se creó una tradición más fuerte aún, en cuanto a su sobrevivencia, y de ahí en adelante sólo puedo avanzar a grandes saltos y con un cierto desorden. En la pintura Lucas Cranach se vale de las historias griegas para crear algunos de sus cuadros más memorables. Ahí está Artemisa bañándose acompañada por sus ninfas, quien convirtió en ciervo a Acteón, el cazador obseso con la idea de ver a la diosa y que pagó esa audaz fechoría cuando sus propios perros lo mataron, o la seductora figura de Venus con Eros, que son los temas de dos cuadros que poseo en reproducciones colocadas sobre mis escritorios, una en mi estudio y otra en mi cuarto y que miro continuamente. Milton, ciego como aseguran que era Homero, se atrevió a parodiar la guerra de Troya y según nos lo asegura Borges tenía que resignarse a hacer una parodia. Tal vez todos hacemos, al seguir ese largo hilo, tan sólo parodias. Racine anotaba meticulosamente para los lectores los antecedentes en los cuales se había basado para escribir sus tragedias. En mi caso los antecedentes son tan variados que ni siquiera vale la pena mencionarlos concretamente. Daré algunos ejemplos, y no estoy seguro de llegar al fin a estar en brazos de alguna Penélope, que no sería una mujer específica ni estaría en un lugar concreto, sino en el mundo sin límites de la literatura. Ya en su bello libro *Memorias de Adriano*, Margueritte Yourcenar recupera un fragmento de la historia de Roma escribiendo las supuestas memorias de Adriano dirigidas a Marco Aurelio porque en esa época, en Roma, el Emperador elegía a su sucesor no de acuerdo a los lazos de sangre tan nefastos, sino por decisión propia. Adriano elige a un sucesor mediocre pero discreto al que le ha ordenado que nombre después de él a Marco Aurelio pues ha decidido que éste es el más apropiado; y Cesare Pavese recupera un fragmento de la de Grecia en sus *Diálogos con Leucó*. De él nos cuentan que solía pasear por las calles con los ojos cerrados recitando en voz alta a Homero, y Pierre Klossowski realiza el simulacro de *El baño de Diana*. Entonces, al citar a Klossowski, tenemos que pensar en un tronante profeta: Friedrich Nietzsche. Él fue el que nos dijo: “Dios ha muerto, lo matamos nosotros que también lo habíamos creado”. De ahí podemos deducir que todos los dioses son inventados por los hombres para protegerse del fantasma de la muerte. Lo supieron muchos de los artistas anteriores a nosotros. Lo único que puedo escribir ahora es que debido a la realidad de la muerte la literatura en el mejor de los casos aprovecha nuestra breve vida para seguir inventando historias o sea en mi caso, cuentos, novelas, teatro y ensayos de literatura y pintura.

Ignoro a ciencia cierta cuál va a ser su destino ya que nadie sabe con certeza tal cosa; yo sólo confío, por desgracia sin saberlo con seguridad, que seguirán viviendo a través de los lectores, y en verdad tampoco me importa. Recuerdo ejemplos tan ilustres como el de Proust quien murió antes de que se publicara por completo *En busca del tiempo perdido* como nos cuenta en su maravilloso ensayo sobre Proust Samuel Beckett, diciendo además, que para escribirlo se sirvió de la abominable edición en once volúmenes de Gallimard; y en español el de Luis Cernuda quien vivía en México como refugiado después del triunfo de Franco con su larga dictadura, cuyas obras completas ahora se publican en España en ediciones mucho más lujosas y rimbombantes de la que hizo en México el Fondo de Cultura Económica, cuando murió en este exilio sin saber cuál iba a ser su destino en España, de la que tenía una perenne nostalgia al grado de decir en uno de sus poemas, *Un español habla de su tierra*: “Ellos, los vencedores / Caínes sempiternos, / De todo me arrancaron. / Me dejan el destierro. / Una mano divina / Tu tierra alzó en mi cuerpo / Y allí la voz dispuso / Que hablase tu silencio. / Contigo solo estaba. / En ti sola creyendo; / Pensar tu nombre ahora / Envenena mis sueños. / Amargos son los días / De la vida, viviendo / Sólo una larga espera / A fuerza de recuerdos. / Un día, tú ya libre / De la mentira de ellos, / Me buscarás. Entonces / ¿Qué ha de decir un muerto?”

Ante la adorable denuncia de Beckett, de quien por lo demás sólo me gusta, además del libro sobre Proust, *Esperando a Godot* (que vi en París con el árbol seco que es el único detalle de escenografía y luego en México, y puedo asegurar que era mejor la puesta en escena que vi en el teatro de La Capilla donde la dirigió Salvador Novo), y los bellos y amargos versos de Luis Cernuda, quien es un singular ejemplo de la mejor literatura, sólo soy capaz de guardar silencio para que Cernuda sirva como introducción a mis Obras Completas que ahora publica el Fondo de Cultura Económica y dejar que mis obras, de las cuales se van a editar en primer lugar los cuentos y luego las novelas y los ensayos me representen.



LA NOCHE



*A Meche*



## *A m e l i a*

---

MUCHAS VECES recuerdo nuestros primeros meses de casados. Después de fumar el último cigarro, Amelia se volvía hacia mí, siempre con el mismo gesto, mitad cansado mitad amoroso, me pasaba los brazos alrededor del cuello y se quedaba dormida con la mejilla sobre la mía. Yo seguía despierto unos minutos más, sintiendo el peso de su cabeza y el calor de su cuerpo, luego estiraba el brazo hasta el apagador y no tardaba en quedarme dormido.

Aunque no podía advertirlo, todo era hermoso y sencillo en aquel tiempo. Por la mañana, ella se levantaba primero —aún recuerdo cómo me gustaba volverme hacia el lugar en el que había estado acostada, para sentir el calor de su cuerpo—, preparaba el desayuno y me llamaba a gritos. Me levantaba, soñoliento, y desayunábamos entre medias palabras y sonrisas sin motivo.

Entraba al trabajo muy temprano y tenía que invertir casi media hora en llegar a los laboratorios, así que cuando salía, con una revista bajo el brazo y el primer cigarro en los labios, después de haber besado larga y amorosamente a Amelia que nunca me permitía dejarla sin esta pequeña ceremonia de despedida, la calle estaba silenciosa y brillante. Algunas criadas, envueltas en chales y abrigos, regaban sus banquetas y el herrumbroso rodar del carrito de los barrenderos llenaba de estrépito el silencio. Nuestro edificio estaba al final de una calle que terminaba un poco más adelante, y de los llanos que la circundaban se desprendía un agradable olor a tierra mojada.

Caminaba sin prisa, gozando con todo eso, las tres cuadras que me separaban de la parada del camión y ya en él prendía mi segundo cigarro —siempre he fumado mucho— y me sumía en la lectura. El camión avanzaba despacio, con un continuo chillar de hierros y tornillos. Por lo general, hacia la mitad del trayecto, estaba ya lleno por completo. Los pasajeros eran obreros en su mayor parte y unos cuantos empleados como yo. Al cabo de unos meses nos conocíamos casi todos e inclusive llegábamos a cambiar algunas palabras. Nada importante; sobre deportes

principalmente; pero era agradable subirse al camión e ir reconociendo a los demás pasajeros. Estábamos unidos por la misma rutina y eso nos hacía sentirnos, en cierta forma, camaradas.

En el laboratorio el trabajo era muy simple. Todos los días, una pila de papeles me esperaba sobre el escritorio y la mañana transcurría sin hacerse sentir entre sumas, restas y multiplicaciones. El ruido de las máquinas de sumar se hacía tan general que cuando por casualidad todas callaban al mismo tiempo el silencio parecía estar dotado de un rumor mucho más fuerte que el de cualquier sonido. Durante las primeras semanas que siguieron a mi matrimonio, a la hora de la comida, algunos de los compañeros me preguntaban por Amelia y hacían bromas sobre mi nuevo estado; pero con el transcurso del tiempo dejó de ser una novedad, ocurrieron otras cosas y volví a ser nada más uno de los empleados del departamento de contabilidad.

Amelia se iba todos los días a casa de sus padres, así que por las tardes, al regresar, dejaba que el camión pasara de largo por mi parada habitual y me seguía en él unas cuantas cuadras más hasta la casa en la que ellos vivían. A esa hora los pasajeros eran más heterogéneos: estudiantes, amas de casa, parejas de novios que también salían en ese momento del trabajo o, simplemente, desocupados que iban a matar el resto del día al centro. En cualquier forma, la casi intimidad que existía por la mañana se perdía por completo, junto con el aspecto rutinario del viaje. A pesar de eso, el viajar en camión o en cualquiera otra cosa, abandonándome a esa especie de inconsciencia que da la sensación de que el tiempo se ha detenido y sólo hay que esperar, sin poner nada de nuestra parte, para llegar al lugar al que se va, nunca llegó a serme desagradable y, todavía ahora, me produce un placer muy singular.

Los padres de Amelia vivían en una casa sola que tenía una terraza en el segundo piso. Desde allí, Amelia esperaba, conversando con su madre, que yo llegara. Yo me acostumbré a buscarla con la mirada apenas bajaba del camión; entonces, ella, al verme, levantaba el brazo, saludándome, y gritaba: “Jorge”, con la misma media sonrisa de siempre. Yo agitaba el brazo también y apresuraba el paso; pero nunca supe cómo contestarle.

Sentados en la terraza, esperábamos los tres la llegada del padre de Amelia. Mientras, la tarde terminaba plácidamente. El sol se ponía detrás de los árboles del jardín de la casa de enfrente y todo se diluía con el día. En la semioscuridad, los ruidos parecían perder también sus contornos; los automóviles pasaban más silenciosos cuando tenían los faros encendidos y las voces sin dueño que llegaban de la calle se esfumaban en el aire. Al fin, el padre de Amelia bajaba del tranvía, la madre

le pedía a ella que fuera a ayudarlo a preparar la cena y yo me quedaba conversando con él: toros y política, nunca tocamos otros temas.

Mientras cenábamos, Amelia hablaba con su madre de problemas caseros y yo seguía la conversación iniciada en la terraza con el padre. A la mitad de la cena llegaba su hermano y entonces la conversación se hacía general, encaminándose hacia la conducta de los jóvenes, la necesidad de estudiar para tener una carrera y las desventajas de la vida desordenada. El hermano se reía y me recordaba que yo tampoco había sido un buen estudiante. Tenía que admitirlo y terminaba recordando, no sin cierta nostalgia, alguna anécdota de aquellos tiempos. La madre de Amelia se reía también y confesaba, al fin, que cuando me conoció no le gustaba nada para Amelia, lo que daba lugar a toda una nueva serie de comentarios.

Del comedor pasábamos a la sala y allí esperaba a que Amelia terminara de recoger los platos, lo que, según ella, le daba ocasión de demostrar su capacidad como ama de casa. Entre diez y media y once nos retirábamos y cubríamos a pie el camino hasta nuestra casa. Caminábamos muy despacio, tomados del brazo, unidos y contentos, cambiando comentarios sobre los acontecimientos del día, sus padres, o la comodidad de los departamentos de amplios ventanales y aspecto acogedor que se veían, iluminados, desde la calle, de los cuales Amelia siempre comentaba que deberían ser demasiados fríos. De pronto, ladraba un perro o varios gatos salían corriendo de algún lado, sin que nunca lográramos verlos antes de que atravesaran rápidamente la calle, perdiéndose otra vez en la oscuridad de cualquier jardín. Entonces Amelia se apretaba contra mi brazo y yo sentía su seno pequeño y duro contra él. Sonreía, la besaba en la frente y ella se apretaba más aún. No le gustaban los animales y yo nunca pude lograr que tuviéramos alguno en la casa. Alegaba que maltrataban los muebles, que manchaban todo, que no había nada tan desagradable como una casa que apestara a orines y, sobre todo, que le daban miedo, argumento definitivo que en esa época yo no intentaba rebatir. Cuando sentía el peso de su cuerpo apoyado en el mío, no pensaba más que en llegar a la casa y estrecharla contra mí. Sin decir nada, apresurábamos el paso y apenas cerraba la puerta, empezaba a besarla.

A veces, Amelia me citaba en el centro, en lugar de en casa de sus padres. Íbamos al cine o a tomar un café, cenábamos en cualquier restaurante no muy caro y después caminábamos sin rumbo fijo, mirando distraídamente los aparadores y la gente, sintiéndonos unidos y seguros en medio de ella. Amelia juzgaba a las mujeres por como iban vestidas, llegando inevitablemente a la conclusión de que todas eran unas cursis y no sabían cómo gastar su dinero. Finalmente tomábamos el último camión de la noche. A esa hora la ciudad me recordaba el aspecto que tenía por la

mañana cuando me iba al trabajo, sólo que todo el cansancio del día parecía pesar sobre ella, por lo que producía una sensación acogedora, casi amable.

Este tipo de vida, tan aparentemente absurdo y desprovisto de todo significado, me bastaba sin embargo para sentirme a gusto, y todavía ahora me pregunto si no estaba mejor cuando podía gozar todas las noches de la compañía de Amelia y tenía la posibilidad de tener hijos y responsabilidades que me hicieran vivir a pesar de todo en una forma positiva, en lugar de dejar pasar simplemente el tiempo, sin ocuparme de nada ni desear nada, como lo hago ahora.

## II

Antes de casarme tenía varios amigos; pero especialmente dos: Víctor y Lorenzo. Los había conocido cuando todavía era estudiante. Con mis compañeros de trabajo nunca fui más allá de cambiar saludos y de vez en cuando algún comentario acerca de los acontecimientos notables; probablemente porque cuando empecé a trabajar tenía ya estos amigos y nunca sentí la necesidad de buscar nuevas relaciones.

Sin darnos cuenta de ello, en esa época estábamos siempre juntos. Hablábamos todo el tiempo y por las noches ninguno de los tres quería ser el primero en retirarse. Muchas veces vimos amanecer caminando por las calles solitarias de una casa a otra, sin que ninguno se decidiera a entrar al encontrarse frente a la suya. Cuando empecé a salir con Amelia pensaron que los abandonarían; pero esto no ocurrió sino hasta después de mi matrimonio. Mientras fui su novio, corría a alcanzarlos apenas me despedía de ella y en un café, en cualquier bar o en la casa de Víctor, escuchando discos, dejábamos pasar tranquilamente las horas.

A pesar de esto, éramos muy diferentes. Víctor, calmado, seguro de sí mismo, encontraba acomodo en cualquier parte; Lorenzo, en cambio, se exaltaba con cualquier motivo, era siempre el que iniciaba las discusiones y sólo conseguíamos callarlo con el tocadiscos. Entonces exigía un silencio absoluto y se entregaba por completo al placer de escuchar. Yo fluctuaba entre los dos, y tengo que admitir que por lo general era guiado por ellos. Pero, sin fijarnos en eso, nos considerábamos inseparables y formábamos un bloque irrompible cuando nos encontrábamos entre más gente.

Buscábamos siempre lo inesperado, el acontecimiento distinto, y como creíamos que éste tendría que llegar por la noche, tratábamos de aprovecharla por completo. Cuando teníamos dinero, íbamos a toda clase de cabarets; cuando no, a todas las fiestas de que teníamos conocimiento. En una de esas fiestas conocí

a Amelia; mejor dicho: la conocimos los tres. Lorenzo, fue el primero en reparar en ella. Impulsivo como era, no dudó un solo instante y la sacó a bailar. Víctor y yo nos quedamos en un rincón, aparte. La fiesta no era divertida, pero ninguno de nosotros se hubiera ido por nada del mundo. El rumor de las conversaciones y el vibrar de vasos y copas se elevaba a veces hasta casi tapar la música, pero luego decaía y en el silencio las parejas se deslizaban con aire indiferente, estrechándose entre sí. Víctor y yo vimos pasar varias veces a Lorenzo frente a nosotros y cambiamos algunos comentarios sobre la belleza de su pareja. Recuerdo que a mí no me impresionó; pero Víctor al cabo de algún tiempo empezó a seguirlos con la mirada y cuando Lorenzo la dejó y vino hacia nosotros, él se dirigió de inmediato hacia ella y le pidió que bailaran.

Al verlo, Lorenzo murmuró algunas frases despectivas y yo sonreí afirmando. Salimos de la sala a buscar unas copas y cuando regresamos Víctor había dejado de bailar y estaba de pie, en un rincón, conversando con ella. Nos les unimos. Yo me sentí obligado a bailar también y le pedí que lo hiciéramos. Su conversación me había interesado; me gustaba cómo decía las cosas y compartía la mayor parte de sus opiniones. Lorenzo, sin embargo, decía que era una imbécil.

Bailamos el resto de la noche. Amelia se abandonaba por completo, aflojaba los músculos y se dejaba llevar con facilidad. Yo nunca he bailado bien, y me agradó mucho la habilidad con que ella seguía mis pasos inseguros. Sentía su cuerpo confiadamente apoyado en el mío y casi sin darme cuenta empecé a excitarme. Buscaba sus rodillas con las mías y la estrechaba contra mí para sentir sus senos contra mi pecho. No hablamos casi nada. De vez en cuando, ella apartaba su cara de la mía y sonreía; yo le contestaba con una sonrisa parecida. Al final comentó que estaba despeinado y me pasó la mano por el pelo, dulce y confiadamente.

Me pidió que la acompañara a su casa y yo acepté encantado. Cuando nos despedimos de Víctor y Lorenzo, sonrieron burlonamente. Quedé de verlos al día siguiente y salí con Amelia. En el camino a su casa ella comentó algo acerca de nuestra amistad; pero más que nada hablamos de nosotros. Seguía encontrándola atractiva y le pedí que nos viéramos otro día.

Acostumbrado como estaba a hablar sólo con Víctor y Lorenzo, Amelia resultó una novedad inesperada y agradable. La esperaba casi todos los días en la puerta de la oficina donde trabajaba. En aquel tiempo, yo trabajaba también en el centro y me resultaba particularmente grato recorrer a pie, lentamente, el camino que separaba su oficina de la mía, mirando a la gente y tratando de adivinar cómo estaría vestida ella. Salía y nos íbamos juntos a tomar un café o, de vez en cuando, al cine. Amelia siempre se mostraba amable y comprensiva, me escuchaba con paciencia y no se sorprendía de nada. Yo hablaba sin parar de mí mismo, de mis

amigos, del sentido que teníamos de la vida. Ella escuchaba y cuando le pedía su opinión contestaba que mirábamos las cosas demasiado de fuera, sin sentirnos parte de ellas y que más que vivir, observábamos. Al principio esto me irritó un poco, tal vez porque se acercaba demasiado a la verdad. Lo comenté con Víctor y Lorenzo y ellos se rieron, le dieron la razón y terminaron advirtiéndome que iba a enamorarme de ella. Yo la deseaba cada vez más y empecé a salir con ella los sábados y domingos también. Íbamos a los toros, espectáculo al que Lorenzo y Víctor nunca habían querido acompañarme. Sólo más tarde supe que a ella tampoco le gustaba. El cine era su única pasión.

Un día, mientras la esperaba en la puerta de su oficina, me pareció oír que una de sus compañeras comentaba que yo era novio de Amelia. Entonces empecé a pensar realmente en la necesidad de aclarar nuestra situación. Me gustaba estar con Amelia; pero no quería sentirme atado a nadie. La serie de obligaciones que implicaba un noviazgo me desagradaban profundamente y la idea de estar forzosamente unido a alguien simbolizaba para mí el fin de toda relación aceptable. Seguía viendo todos los días a Víctor y a Lorenzo y pensaba que al hacerme novio de Amelia terminarían nuestras correrías sin rumbo.

Ahora que nuestra relación ha terminado y puedo verla desde afuera, me doy cuenta de que fue Amelia, como de costumbre, la que se encargó de solucionarlo todo. Yo hubiera dejado pasar el tiempo indefinidamente sin decidirme por nada, pero Amelia llevó las cosas en una forma ideal para una persona como yo. Empezó permitiéndome que la besara sin pedirme ninguna explicación, correspondiéndome ampliamente; y cuando le pedí que fuéramos al departamento de Víctor aceptó sin dudar un solo momento.

Esta acción aumentó en forma notable sus cualidades, tanto para mí como para mis amigos, que terminaron aceptándola como parte de nuestro grupo. Por primera vez sentí que estaba enamorado y empecé a reconocerlo sin avergonzarme. Víctor y Lorenzo lo aceptaron también e inclusive me felicitaron, pues Amelia se los había ganado por completo.

La primera vez que nos acostamos juntos, ella se mostró arrepentida y asustada, actuó con timidez y después me abrazó fuerte, casi angustiosamente y durante más de un cuarto de hora se mantuvo así, con la cabeza sobre mi hombro, sin permitirme que la mirara. Yo no sabía qué hacer, la quise más que nunca y, por primera vez también, traté de explicarle todo lo que era para mí. Fui sincero; pero no estoy seguro de haber sabido encontrar las palabras exactas. Me sentí obligado a protegerla y me prometí a mí mismo que siempre podría estrecharse contra mi hombro como lo estaba haciendo en ese momento.

Así empezó todo. Después de esa primera vez, durante unos días Amelia no me permitió que la besara siquiera; pero, al fin, aceptó volver al departamento y pronto nuestras visitas se hicieron continuas. Yo pensaba en ella todo el tiempo y no terminaba de desearla nunca. Ella perdió por completo el miedo y se mostraba tan impaciente y maravillada como yo. Los días que no podíamos ir al departamento, paseábamos sin rumbo fijo, estrechamente abrazados, besándonos, sintiéndonos solos aun en medio de la gente y olvidándonos de todo. Durante uno de esos paseos, empezamos a hablar del día que estuviéramos casados. No recuerdo si fue Amelia o fui yo el que inició la conversación; pero eso no tiene importancia, porque yo hablaba tanto como ella y la ayudaba, sinceramente, a redondear los proyectos, pensando, inconscientemente, que eran algo remotísimo y casi inalcanzable, ya que mi situación económica impediría que se llevaran a cabo.

Y en realidad yo nunca pensé casarme. Cuando hablaba con Víctor o Lorenzo de mis relaciones con Amelia pensaba siempre en el día en que terminarían y, aunque ellos contestaban que me estaba enredando sin darme cuenta, nunca pude creerles. Quería a Amelia y admitía que terminar con ella, por el momento, me era imposible, estábamos demasiado unidos; pero estaba seguro de que llegaría el tiempo en que podría hacerlo con facilidad. El tiempo iba a llegar, efectivamente, pero mucho después de lo que yo pensaba y de una manera demasiado inesperada. Mientras tanto, seguía mi vida de costumbre, trabajando sin entusiasmo y durmiéndome lo más tarde posible, recorriendo bares y asistiendo a fiestas con Víctor y Lorenzo, después de dejar a Amelia en su casa.

### III

Cuando Amelia me sugirió que intentara encontrar un empleo mejor pagado, no le hice ningún caso. La sola idea de dejar la oficina me parecía absurda e inaceptable. Con lo que ganaba me alcanzaba perfectamente, no deseaba crearme nuevas necesidades y por ningún motivo hubiera aceptado una responsabilidad mayor. Mi familia, cansada de hacerme reproches, había terminado por aceptar este estado de cosas y se resignaba, como se había resignado a que llegara todos los días de madrugada y al definitivo desinterés que siempre demostré por las cosas que se relacionaban con ella.

Pero Amelia no aceptó esto con tanta facilidad. Había ido ya algunas veces a mi casa y mi madre había admitido e inclusive fomentado nuestra relación con gran entusiasmo. Amelia le hizo concebir nuevas esperanzas. Mi madre comenzó a

pedirme que la llevara a la casa y pronto nos acostumbramos a cenar allí varias veces por semana.

A la familia de ella, en esa época, la veía muy poco. Los sábados y domingos, cuando iba a buscarla, conversaba con su padre, y la madre nos recomendaba, al salir, que no regresáramos muy tarde. Pero cuando supieron que Amelia cenaba en mi casa, comenzaron a invitarme también. Durante una de esas comidas, comprendí que Amelia no se había resignado a mi negativa: en el transcurso de la conversación, su padre me dijo que sabía que yo no estaba contento en mi trabajo y agregó, sin darme tiempo a replicar nada, que tal vez él podría ayudarme. Yo miré a Amelia y sonreí, aceptando una vez más. Unos cuantos días después, el padre me entregó la dirección de los laboratorios y antes de un mes estaba trabajando allí, con un sueldo mucho más alto que el que recibía en mi empleo anterior.

El trabajo, como ya dije, no era muy complicado y el cambio no me afectó casi nada. Tenía que levantarme un poco más temprano y salía más tarde, pero sobre todo, no podía recoger a Amelia en su oficina, por lo que me acostumbré a ir a buscarla a su casa.

Lorenzo se rio muchísimo al enterarse y comentó que ya estaba definitivamente apresado y que no tardarían en casarme. Sin embargo, yo, no sé explicar por qué, no lo veía así, y a pesar de que a veces esa idea me asaltaba en los momentos más inesperados, llenándome siempre de un vago temor, nunca pude convencerme de que tenía que hacer algo para salirme del camino por el que, con tanta claridad por lo demás, estaba avanzando. Dejé que las cosas siguieran su curso natural, actitud que evidentemente es una de mis principales características, sin darme cuenta de que ahora estaba frente a una voluntad definida, que se encargaba de moldear los acontecimientos en la forma que mejor convenía a sus intenciones. Cuando me convencí de que tanto en mi casa como en la de Amelia nuestra boda se daba por hecha, me hice el propósito de aclarar de inmediato las cosas. No estaba dispuesto a casarme, al menos por ahora —pensaba agregar— y no quería que nadie pensara en ello.

Nunca llegué a hacerlo. Los días y las semanas pasaron rápidamente y al fin tuve que aceptar ante mí mismo que había dejado pasar demasiado tiempo y que el giro que habían tomado los acontecimientos hacía demasiado difícil cualquier explicación.

Sé que esto parece increíble, pero es necesario aclarar que, en esta ocasión, a mi natural indiferencia por mi futuro había que agregar la indudable atracción que sentía por Amelia. Resignarme a perder los goces que su compañía implicaba me parecía sumamente difícil y, además, me había hecho demasiado a la idea de tenerla siempre a mi disposición para poder aceptar un rompimiento brusco, que me

devolvería a la soledad de antes de conocerla. En la forma en que yo puedo estarlo, estaba enamorado de ella, y Víctor y Lorenzo compartieron esta opinión cuando yo pensé que debería consultarlos sobre la línea de conducta que debía seguir.

Al fin, nuestro compromiso fue formalizado y Amelia arrastró mi falta de voluntad por todos los trámites, compras y visajes que preceden cualquier matrimonio, llegando inclusive a comunicarme parte de su encendido entusiasmo, aunque en mí, éste se apagaba con demasiada rapidez, regresándome al vago temor que siempre había sentido ante ese tipo de preparativos. Varias veces, durante nuestras reuniones nocturnas, que todavía subsistían, les comuniqué a Víctor y Lorenzo mi propósito de acabar con toda esa locura, pero nunca llegué a hacerlo real. La facilidad con que Amelia solucionaba todas las cosas y la alegría con que las realizaba, suponiendo que yo la compartía, me obligaban siempre a callar en el último momento. Me ponía pretextos, me decía a mí mismo que mis temores eran absurdos y que a pesar de todo el matrimonio no tenía por qué ser algo desagradable y tal vez encontraría en él el arraigo y la seguridad de los que carecía ahora. Mientras avanzaban los preparativos, se fijaba la fecha de la boda que yo, claro está, veía a pesar de todo sumamente lejana, y terminábamos de amueblar el departamento, trataba de convencerme de que mi actitud era la más justa y acertada. Tenía que aceptar la responsabilidad que nuestra relación me había creado, la vida no podía ser nada más ese continuo deambular por calles solitarias, de un cabaret a otro, entre vahos alcohólicos, pleitos, escándalos y conversaciones inútiles.

Les contaba a Lorenzo y a Víctor esos pensamientos y ellos sonreían, me decían que tenía razón y daban por terminada la plática, sugiriendo que nos fuéramos a otro lado que estaría abierto aún. En el nuevo lugar, hablaba otra vez de Amelia y cualquiera de los dos contestaba que me lo habían advertido, lo que cerraba definitivamente las posibilidades del tema y me dejaba a mí meditando a solas en él.

Así, llegó el día de la boda, que un inesperado nuevo aumento de sueldo nos había permitido fijar definitivamente. Durante las últimas semanas vi menos que nunca a Amelia, que ocupaba todo su tiempo en los preparativos y se negaba sistemáticamente a que nos acostáramos, alegando que no tenía objeto en esos momentos y deberíamos esperar hasta el día de la boda, situación que yo acepté de mala gana y sin comprender sus motivos.

Ahora sé que ella, consciente de la falta de seriedad con que yo me enfrentaba al acontecimiento, trató de ese modo de prestarle gravedad y de conseguir que yo me acercara a ella con una nueva ilusión. Fue una medida acertada y no cabe duda de que ese día la deseaba más que nunca y estaba absolutamente convencido de que íbamos a ser muy felices.

Sin embargo, las semanas que precedieron a la boda se caracterizaron por el estado de semiinconsciencia en el que voluntariamente traté de mantenerme todo el tiempo. Dormí lo menos posible, reteniendo a Víctor y Lorenzo conmigo hasta que materialmente se caían de sueño, y recorrí todos los lugares que solíamos frecuentar despidiéndome, no sin cierta nostalgia, de ellos. Quince días antes de la fecha señalada, conocí en una fiesta a una muchacha y durante tres días me acosté con ella, llegando a convencerme de que estaba enamorado. Opinión que se desvaneció cuando no acudió a la cita la cuarta noche y yo me dije que sólo podía querer a alguien como Amelia.

Nuestra luna de miel fue feliz y tranquila. Ya he dicho que la deseaba más que nunca y nos conocíamos demasiado bien para que hubiera algún contratiempo. Me sentía orgulloso de ella y me gustaba comprobar la admiración con que la miraban los demás bañistas en la playa. Empezaba a sentirme su dueño y no ocultaba este sentido de posesión, que Amelia, por otra parte, se encargaba de acentuar. Durante quince días nadamos, tomamos el sol, nos emborrachamos e hicimos el amor furiosa y alegremente. Yo me sentía encantado y había olvidado todos mis temores. Los dos últimos días nos lamentamos con sinceridad de que todo eso tuviera que acabar, pero al fin el plazo terminó y tuvimos que regresar; yo al trabajo y Amelia, como ella misma decía, no sin cierto orgullo, a ocuparse de su casa.

Los primeros meses Víctor y Lorenzo nos visitaban de vez en cuando. En esa época, la novedad de todas las cosas me hacía sentir orgulloso y contento. Hablaba continuamente de mi mujer, mis muebles, mis discos, y el sentido de posesión que había empezado a sentir durante la luna de miel terminó de desarrollarse. En la oficina pensaba todo el tiempo en mi casa y esperaba minuto a minuto que llegara el momento de regresar a ella. Víctor y Lorenzo espaciaron cada vez más sus visitas y por último dejaron de venir por completo. Yo no sentí su ausencia. Con el tiempo, los acontecimientos dejaron de ser novedosos, pero no perdieron su encanto. Entonces empezó realmente lo que puede llamarse mi vida matrimonial. De ella ya he hablado al principio.

#### IV

¿Por qué jamás podemos asumir plenamente la responsabilidad por nuestros actos? Todavía hoy, cuando pienso en lo que ocurrió, me pliego sobre mí mismo y trato de encontrar justificación a mi conducta; pretendo que no soy el único culpable e intento convencerme de que Amelia, en cierta forma, es responsable también. No

cabe duda de que puede serlo desde un punto de vista absolutamente objetivo; pero en nuestro caso yo era el que podía manejar a Amelia, que llegó a depender por completo de mí, y sus actos eran más que nada reflejo de mi conducta. A veces, quisiera volver hacia atrás y sacudirme de encima todo ese asunto, que con mucha frecuencia me lanza a la calle a tratar de buscar en las miradas de los demás el secreto de la convivencia; pero estamos circundados por el peso de nuestra propia soledad y las respuestas a nuestras preguntas sólo pueden encontrarse en nosotros mismos.

Poco antes de cumplir un año de casados, Amelia y yo proyectamos regresar al lugar donde habíamos pasado nuestra luna de miel. Pedí y obtuve permiso en la oficina para adelantar mis vacaciones y comenzamos a preparar el viaje con más de quince días de anticipación. Tres días antes de salir, Amelia, tras muchas vacilaciones, turbada y con gran emoción, me dijo que le parecía que estaba embarazada. No pude reprimir un gesto de disgusto y exclamé, sin pensar en lo que decía:

—No puede ser.

—¿Por qué no? Es muy lógico, ¿no crees? —contestó ella, sin advertir el rechazo que se escondía tras mis palabras.

—Porque no quiero —terminé yo.

Ella me miró, sorprendida e incrédula, y después me abrazó escondiendo la cabeza en mi hombro como la primera vez que nos acostamos juntos. Yo sentí el impulso de apartarla, pero pude contenerme y traté de estrecharla como entonces.

—No digas tonterías. ¿No te das cuenta? Es nuestro, tuyo y mío, tienes que quererlo —me murmuró al fin al oído, sin apartar la cabeza.

Antes de casarnos habíamos acordado que no tendríamos hijos hasta dos o tres años después de la boda, y por un momento pensé recordarle este acuerdo; pero comprendí que no tenía nada que reprocharle y en todo caso era tan culpable como ella. Le pregunté si estaba segura, y como ella contestó que no, que sólo era probable, decidí dejar para más adelante cualquier comentario. Le dije que era mejor esperar a estar completamente seguros y que nada ganábamos con ilusionarnos antes de tiempo, y me fui al trabajo.

Sin embargo, comprendía que no quería tener ese hijo y que mi primera reacción era la más sincera. Rechazaba la idea de la paternidad en la misma forma en que pretendía hacer a un lado todo lo que pudiera significar arraigo y una responsabilidad mayor. Tener hijos significa aceptar la vida y yo, aunque todavía no lo descubriría, no estaba seguro de quererla. Empecé a pensar que, sin darse cuenta de que yo no lo deseaba, Amelia se había encargado de darle una nueva forma a mi vida, y que, creyendo satisfacer mis deseos, me alejaba cada vez más de lo que en

realidad quería. Recordé cómo se había iniciado nuestro noviazgo y cómo habíamos llegado finalmente al matrimonio, y me sorprendí pensando con rencor que ella era la responsable de todo, y la que obtenía las satisfacciones, mientras que yo no era más que el objeto capaz de proporcionárselas y, sin recibir nada a cambio, me alejaba cada vez más de lo que siempre había pensado que sería mi vida.

Bajo esta impresión y con este estado de ánimo, salí con Amelia hacia lo que debería ser nuestra segunda luna de miel. El viaje resultó diferente en todo al primero. La admiración que Amelia seguía provocando en la playa y que antes me halagaba tanto, ahora me irritaba, y se lo hacía ver a ella, que sorprendida trataba de calmar lo que ingenuamente suponía ataques de celos. Yo aprovechaba esta interpretación tan evidentemente falsa para prolongar más aún las escenas. Al final, ella, llorosa, pretendía disculparse; pero esta sumisión, en lugar de calmarme, me hacía sentir injusto y sólo conseguía aumentar mi malhumor, que no vacilaba en desahogar de nuevo en ella. Por fin, una noche, después de una escena más violenta que todas las anteriores, salí del hotel y no regresé hasta la madrugada.

Al entrar al cuarto, me di cuenta de que Amelia, sentada en la cama, me estaba esperando. Me preparé a escuchar sus reproches con la intención de contestarle y reiniciar la escena; pero ella, sin preguntarme dónde había estado, me dijo que había tenido mucho miedo y me pidió que fuera a abrazarla. Me sentí culpable y me acerqué a ella cariñoso y arrepentido, y esa noche fue como las de los primeros días. Pero a pesar de que la imagen de Amelia esperándome, confusa y sorprendida, incapaz de comprender lo que en realidad pasaba, se me presentaba continuamente, había vuelto a gozar, durante el tiempo que estuve solo, el placer de la irresponsabilidad; había gustado de nuevo el sabor, tan arraigado en mí, que dejan las horas perdidas inútilmente, tratando de encontrar compañía y comunicación perdiéndome precisamente entre el mayor número posible de desconocidos; había recorrido otra vez calles y bares sin rumbo fijo, cambiando algunas palabras de vez en cuando, sintiendo en mi derredor el peso de la soledad. Los olores y sabores del puerto aumentaron más aún ese placer, que se completó con el peculiar estado de ánimo, falsamente receptivo y aventurero, del que siempre se encuentran poseídos, tal vez sin percibirlo, todos los que salen a gozar de unas vacaciones después de una larga temporada de trabajo rutinario y poco satisfactorio. La conducta juiciosa y comprensiva de Amelia, que reprimía los reproches que tan justamente podía hacerme, sólo logró aumentar el deseo de que estos paseos pudieran repetirse, y volví a ellos varias veces antes de que regresáramos a la ciudad. Ella aceptó esta situación como hubiera aceptado cualquier otra cosa que viniera de mí, y a pesar de que siempre me esperó despierta, nunca quiso preguntarme nada.

Del posible embarazo no volvimos a hablar más que muy ligeramente, y Amelia, consciente tal vez de lo mucho que me hubiera desagradado que esta posibilidad se convirtiera en un hecho, dejó de referirse a ello con el entusiasmo de la primera vez, aunque nunca pudo evitar que una leve sonrisa le bailara en los labios y que sus ojos, tan grandes, claros y alegres brillaran más que nunca cada vez que tocábamos ese tema.

Las vacaciones transcurrieron entre pleitos, momentos en los que recapacitando volvía a ser el mismo de antes y paseos indefinidamente prolongados, durante los cuales dejaba a Amelia sola, esperándome en el hotel. Regresamos a la ciudad y nos sumergimos en la diaria rutina. El trabajo, el cine, los camiones, las cenas familiares. Pocos días después, sin poder ocultar su tristeza, Amelia me dijo que todo había sido un error: no estaba embarazada. Respiré aliviado.

Ahora comprendo que muy probablemente el nacimiento de ese hijo, que nunca llegó a ser más que un sueño de Amelia, hubiera evitado todo lo que pasó después, pero en aquel entonces el sentimiento de rechazo que inevitablemente me producía la posibilidad de ser padre se impuso a cualquier otra idea. Me sentí liberado, como si de pronto todos los lazos que me unían a Amelia se hubieran roto y este simple acontecimiento me situara de nuevo en mi antigua condición. En realidad lo que pasaba era que, ante la posibilidad de una responsabilidad mayor que se desvanecía, yo me sentía incapaz de readmitir las anteriores, que habían quedado relegadas a un segundo término cuando aquella era aún el problema inmediato. Amelia, sin entender nada de esto, advirtió sin embargo mi alegría y no pudo resistir la tentación de reprochármela, lo que dio motivo a una nueva escena, en la que yo, sin convicción, aduje razones que sabía falsas de antemano y al final de la cual me salí de la casa, tratando de ocultarme el claro sentimiento de culpa que me embargaba.

Desde ese día nuestra relación sufrió un cambio radical. Amelia olvidó, demasiado pronto quizás, todo el incidente y se mostraba amable y comprensiva, como si el cambio fundamental que yo percibía en mis sentimientos hacia ella le pasara inadvertido. Pero yo no podía aceptar esto y buscaba sin cesar motivos para sacarlo a relucir. Empecé a pedirle que esperara mi regreso del trabajo en nuestra casa, en lugar de en casa de sus padres, como lo hacía antes del viaje, y una vez allí me negaba a salir, diciendo que nunca estábamos en nuestra casa y reprochándole su falta de arraigo hacia lo que se suponía que era nuestro hogar. Cuando por casualidad se retrasaba y yo llegaba antes que ella, exageraba el tiempo que llevaba esperándola y los reproches se multiplicaban por cualquier motivo. Frecuentemente me quedaba callado, esperando que ella me preguntara qué me pasaba para con-  
testarle:

—Nada. ¿Qué quieres que me pase? Debo estar aburrido.

Entonces ella se levantaba, venía a mi lado y me acariciaba el pelo, diciendo:

—Pero yo te quiero ¿sabes?

Yo contestaba ambiguamente que el amor era una cosa entre dos, que tenía que compartirse para ser algo y me perdía en largas e inútiles disertaciones, para al final apartarla, pidiéndole que me dejara en paz.

Amelia no comprendía bien qué era lo que en realidad me pasaba y trataba de remediarlo todo redoblando sus amabilidades, estirando hasta el límite la resistencia de su natural tolerancia, con lo que sólo lograba hacerme sentir culpable y aumentar mi irritación.

Por mi parte, tampoco obraba de acuerdo con un plan preconcebido, pero inconscientemente intentaba aumentar mediante esta conducta absurda los obstáculos que podían impedir un nuevo entendimiento. Evitaba en la medida de lo posible que me ganara el cariño que aún me inspiraba, haciéndola indirectamente culpable de todos mis momentos de depresión, en los que el sentido de inutilidad de todas las cosas se me presentaba con más fuerza que nunca. Comencé a extrañar la compañía de mis antiguos amigos y un día le pedí a Amelia que no me esperara a cenar y me fui a buscarlos.

## V

Había transcurrido más de un año desde mi matrimonio. Durante ese tiempo, después de los primeros meses, que fueron bastante a mi casa, no había vuelto a ver a Víctor y Lorenzo más que en ocasiones especiales: fiestas, celebraciones. En estos encuentros, no hablábamos nunca del pasado, sino que nos limitábamos a conversar sobre acontecimientos recientes y nuestras actividades actuales; pero, a pesar de esto, los tres añorábamos aquellos tiempos y cada vez que una referencia a esa época se deslizaba en la conversación, un vago sentimiento de complicidad y nostalgia nos unía por encima de los demás miembros de la reunión.

Unas semanas atrás, en la puerta de un cine, Amelia y yo nos habíamos encontrado a Lorenzo. Él salía cuando nosotros entrábamos y sólo cambiamos unas cuantas palabras. Nos contó que Víctor tenía novia, que lo veía menos que antes y estaba muy solo. Seguía estudiando y no tenía para cuándo terminar. Sonrió y agregó que la condición de estudiante era la más cómoda y él trataría de permanecer el mayor tiempo posible dentro de ella. Le prometí ir a verlo, algún día, al café donde solíamos reunirnos. Comentó que no lo creía y nos despedimos. No me di

cuenta en ese momento, pero este comentario, vago y un tanto despectivo aumentó más aún esa sensación de falta de libertad que, desde la noticia del embarazo, me perseguía continuamente.

Tal vez por eso, la noche que me decidí a buscarlos llegué al café orgulloso y alegre, gozando de antemano con la sorpresa que les daría y el júbilo con el que sin lugar a dudas me recibirían.

Los esperé más de dos horas. Al principio, seguro como estaba de que no tardarían en llegar, compré un periódico y dejé pasar la primera media hora leyendo, escuchando fragmentos de las conversaciones que se desarrollaban en las mesas contiguas y mirando, sin prestarles mayor atención, a las personas que entraban y salían. Después, tomé conciencia de la espera y no podía apartar la vista de la puerta. Construía mentalmente el encuentro e intercalaba variantes a mi antojo. Al final, seguro de que ya no vendrían, salí tratando de restarle importancia al incidente. No les había avisado y no tenía nada de particular que ese día, por casualidad, ninguno de los dos hubiera ido al café. El único culpable era yo, que había pensado que no tenía más que ir al café para encontrarlos, sin tener en cuenta que no tenían por qué seguir yendo al mismo lugar, que, por otra parte, ya no tenía el aspecto de antes.

Perdí otras dos horas vagando por el centro, deteniéndome en la entrada de los cines y mirando, sin prestarles mayor atención, los carteles que anunciaban los próximos estrenos. Empecé a sentirme muy solo y a la desilusión se unió una especie de resentimiento contra Víctor y Lorenzo, que sin intervenir directamente en nada, me habían frustrado la noche. Deseé estar con Amelia, que después de todo siempre estaba a mi disposición, apresuré el paso y llegué a la parada a tiempo para tomar el último camión. En el trayecto pensé en ella con agradecimiento y ternura, comparé el viaje con los múltiples que habíamos hecho antes, sin hablar, pero juntos, tomados de la mano, y me propuse terminar con todas las locuras y volver a mi conducta anterior.

Llegué a mi parada y corrí más que caminé hasta mi casa. La calle estaba oscura y solitaria. Cuando doblé la esquina, una pareja de novios se separó bruscamente; lejos, el velador hizo sonar su silbato. Miré hacia las ventanas de nuestro departamento y comprobé satisfecho que la luz estaba encendida. Amelia me esperaba como siempre.

Entré confiado. Ella estaba sentada sobre las piernas en uno de los sillones, leyendo una revista de modas. Alzó la vista y me sonrió.

—Hola. ¿La pasaste bien? —preguntó.

No entendía nada. Reprimí el impulso que me dirigía hacia ella y me senté enfrente en el sofá.

—Muy bien; hacía mucho tiempo que no me divertía tanto —contesté. Y me propuse hablarle al día siguiente a Lorenzo.

Toda la buena voluntad con la que me dirigí a mi casa había desaparecido. Ahora Amelia tenía de nuevo la culpa de todo. Sin intervenir en nada, sentada allí, esperándome, era la que me había impedido encontrar a mis amigos y la que siempre me frustraría cualquier intento de volver a ser lo que era antes. Sentí ganas de reclamarle, de hacerle ver que me hacía infeliz y decirle que no la quería; pero no llegué a hacerlo; el momento no había llegado todavía y un mínimo sentido de la injusticia de estos pensamientos, a pesar de la fuerza con que se me presentaban, me impidió toda reclamación. Pero fue así, desplazando todas mis frustraciones hacia Amelia y culpándola de ellas, como poco a poco destruí todos los lazos que nos unían y provoqué los acontecimientos posteriores, de los cuales, ahora lo veo, soy el único culpable.

Esa noche no hablamos mucho más. Amelia me preguntó dónde habíamos estado y de qué habíamos hablado, le contesté inventando conversaciones y precisando detalles imaginarios que no tenían ninguna importancia para dotar de la debida veracidad a mi relato y, un poco más tarde, ella dijo que estaba cansada, me pidió que la besara y se fue a dormir. La besé casi con odio, pretexté el interés que me despertaba la crónica de una corrida fuera de México para quedarme en la sala y la dejé ir sola.

Cuando decidí irme a acostar eran casi las tres, el velador había pasado varias veces bajo nuestras ventanas, haciendo sonar su silbato, triste y lejano, en el silencio poblado de rumores imprecisos, y algo de su tristeza me acompañó a la cama. Trataba de convencerme de que Amelia era inocente y yo habría obrado injustamente; pero no podía vencer el rencor que me inspiraba la idea de que una vez más ella había triunfado.

Al día siguiente, como lo había pensado, desde la oficina me comuniqué por teléfono con Lorenzo. Comenzamos a vernos varias veces por semana. Deliberadamente, me propuse no avisarle a Amelia cuándo pensaba verlos y tenía que esperar, intranquila, sin saber a qué hora llegaría, hasta la madrugada. Al principio pretendí ocultarme a mí mismo la desazón que a pesar de todo me producía imaginarme la figura de Amelia durante estas largas esperas, pero era inútil, nunca logré desalojarla por completo de mis pensamientos. Hablábamos, discutíamos, caminábamos por todas partes y yo retardaba el momento de la despedida; pero a pesar de que ante Víctor y Lorenzo intentaba restarle importancia, nunca olvidaba que Amelia estaba sola, esperándome.

Conocí a la novia de Víctor y, por medio de ella, a varias muchachas. Lorenzo y yo salíamos algunas veces con ellas, sin que obtuviera más satisfacción que la que

me proporcionaba el conocimiento de que estaba haciendo algo que contribuía a aumentar la separación que, ahora sí, existía ya entre Amelia y yo.

Nunca en mi vida había puesto tanto empeño en lograr algo. Sin intentar aclararme los motivos de mis actos sino, al contrario, huyendo de toda posible interpretación de ellos, alejaba cada vez más todas las posibilidades de conseguir un nuevo acercamiento entre nosotros. Luchaba contra cualquier sentimiento que me impulsara a tratar de encontrar otra vez en nuestra relación la tranquilidad que había obtenido durante los primeros meses de matrimonio y fomentaba todo lo que pudiera contribuir a que Amelia dejara de creer en una posible vuelta a ella.

—¿De qué estás tratando de escapar? —me preguntaba a veces Lorenzo.

—De nada —mentía yo—. Me di cuenta de que era una tontería sacrificar todo por Amelia.

—¿Por qué te casaste entonces? —seguía él.

—No lo sé. Creo que por inercia, por no dejar...

—No te entiendo. Pero allá tú —terminaba Lorenzo—. Yo siempre pensé que no te debías haber casado; pero ya no tiene objeto hablar de eso.

Y yo:

—Sí, es verdad. Vamos a hablar de otra cosa. ¿A dónde vamos?

Y en realidad íbamos a todos lados y a ninguno, porque todos los lugares eran iguales en el fondo y nosotros no buscábamos en ellos otra cosa que pretextos para matar el tiempo.

Cuando Víctor nos acompañaba la conversación tomaba otro tono. Ahora él pensaba casarse también y quería saberlo todo acerca del matrimonio.

—Tu error fue que aceptaste casarte, pero sin intentar asumir la responsabilidad que esto implicaba —empezaba muy serio—. Casarse no significa solamente acompañar a la novia a la iglesia. Tenías que haber pensado en tener hijos, en construir algo sobre la base que es el matrimonio. Es lo que realmente significa casarse; formar una familia y luchar por ella.

—¿Es lo que tú piensas hacer? —preguntaba Lorenzo.

—Claro —contestaba él.

Y Lorenzo:

—Es muy edificante —y terminaba dirigiéndose a mí muy serio—. Él tiene razón. Yo te lo he dicho. Tú no aceptaste nada de eso. No entiendo por qué te casaste.

—Por darle gusto a Amelia —me defendía yo.

—¿Qué gusto le das ahora? — me respondía él; y con esto me tapaba todas las salidas.

Sin embargo, este tipo de conversaciones no ocupaban ningún lugar especial y yo terminaba olvidándolas sin atribuirles mayor importancia que a los demás innumerables temas que tocábamos. Lorenzo y Víctor jamás intentaron intervenir en serio en mis problemas y no creo que ni siquiera hayan llegado a considerarlos nunca como tales. Aceptaban mi compañía como si nada hubiera pasado y la situación fuera la misma que antes, cuando Amelia y yo éramos nada más novios, y en igual forma hubieran aceptado que de pronto dejara de verlos, como lo había hecho anteriormente. Mirar pasar el tiempo tratando de conocer superficialmente al mayor número posible de gente, aceptar todos los sucesos conforme iban viniendo, gozar del calor de cualquier café en invierno y pasear por las calles solitarias y vacías en verano, eran sus únicas ocupaciones, y aunque Víctor hablaba de casarse, lo hacía como si se estuviera refiriendo a algo muy remoto y que tal vez no llegaría nunca. Al buscarlos yo no pretendía más que volver a ese estado de ánimo y librarme del sentido de culpa que mi conducta con ella me procuraba, haciéndome desear cada vez más un rompimiento definitivo.

Mientras tanto Amelia, al principio, pasaba por encima de todo, me recibía sonriente y tranquila, como si nada hubiera pasado entre nosotros y mi conducta fuera natural o, al menos, la que esperaba de mí. A veces percibía el esfuerzo que le costaba silenciar sus reproches e intentaba provocarlos, pero ella lograba superponerse y esperaba a que estuviéramos acostados juntos, como antes, fumando el último cigarro, para preguntarme, restándole importancia a la pregunta y aparentando una curiosidad natural, dónde había estado.

—Por allí —respondía yo—. Perdiendo el tiempo.

Ella sonreía.

—Y ¿te divierte mucho eso?, ¿de veras?

Y yo:

—Supongo que sí; por eso lo hago.

—¡Qué tonto eres! Te estaba esperando. Hoy podemos... —terminaba ella, ofreciéndoseme.

Yo me decía a mí mismo que para algo era mi esposa y no vacilaba en tomarla, aunque al final, cuando todo había terminado y Amelia se dormía como siempre, con la cabeza apoyada en mi hombro, rechazaba la ternura que el contacto con su cuerpo, el olor de su piel y su pelo, el calor de su sonrisa, la naturalidad de su entrega me producían y me proponía evitar en adelante que ese lazo, tan fuerte, siguiera uniéndonos por encima de todo.

## VI

Comprendo que es sumamente difícil explicar mi conducta. Ya he dicho que cuando todo empezó yo no sabía con exactitud qué era lo que buscaba en realidad y Amelia, por su parte, advertía que algo estaba mal, pero era incapaz de comprender por qué y se limitaba a intentar recuperarme por medio del cariño y la comprensión, para al final, cuando se dio cuenta de que esto era imposible y que para ella tampoco tenía sentido seguir resistiendo, salirse por la puerta que en realidad me correspondía a mí.

Todo ocurrió en la forma más inesperada. Yo seguía dejándola sola con cualquier pretexto y ella cansada empezó a reclamarme, aunque sin el menor asomo de violencia y aceptando cualquier explicación por fútil que fuera. Las reclamaciones fueron subiendo de tono y al fin, una noche, me esperó despierta y me dijo que no tenía derecho a portarme así. Yo salté de inmediato.

—¿Por qué no?

Ella trató de reprimir el tono con el que había iniciado la conversación.

—Porque eres mi marido. Ya nunca salimos juntos.

Y yo:

—Tú sabrás por qué.

Amelia me miró largamente y después preguntó casi con desesperación:

—No; no lo sé. ¿Por qué, Jorge? No entiendo nada. Trato de comprenderlo, pero es imposible. ¿Qué nos pasa?

Estaba muy cerca del llanto; sin embargo, respondí con violencia:

—Lo que pasa es que no te quiero. No me importas nada. ¿No te das cuenta? No debía haberme casado; no debía haber hecho nada.

Amelia empezó a llorar. Yo la miré, arrepentido y confuso, pero incapaz de volverme atrás. Me dolía hacerle daño; pero al mismo tiempo me alegraba haber dicho finalmente todo lo que durante tanto tiempo había pensado y repasado sin parar. Amelia seguía llorando. Me sentí tentado de pedirle perdón, decirle que nada era cierto y acostarme junto a ella como tantas otras noches; pero comprendí que si vencía esa tentación habría adelantado muchísimo y no llegué a hacerlo; salí de la habitación y la dejé sola.

Desde ese día empecé a dormir solo, en la otra habitación de nuestro departamento, a la que, para que no estuviera vacía, habíamos llevado desde el principio los muebles de mi cuarto de soltero. Amelia, como siempre, aceptó esta situación sin ningún comentario. Seguimos viviendo como si nada hubiera pasado, pero yo me encargaba de recordar la vigencia de lo que había dicho esa noche retirando